

Junio 2014.

© José C. Valadés.

Esta publicación es financiada con recursos de la RLS con fondos del BMZ y Para Leer en Libertad A.C.

www.rosalux.org.mx
brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez y Jorge Belarmino Fernández.
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

***Nota del editor: Se introdujeron cambios de puntuación para acomodarse a las costumbres del Siglo XXI; de otra forma se tomarían por buenos algunos usos que dejaron de serlo, en particular los puntos suspensivos y los entrecomillados de las citas.

**Topolobampo,
la muerte de
la última utopía
(1872 - 1891)**

José C. Valadés

I

Con los corazones henchidos de emoción, con las miradas fijas hacia babor; ansiosos de descubrir la tierra prometida; hacinados de proa a popa del barco a bordo del cual hacía tres meses que habían partido de Nueva York, los hombres, las mujeres y los niños que van a levantar la Ciudad de la Paz — la Metrópoli Socialista de Occidente — ven desfilar la costa de Sinaloa.

Las largas islas arenosas, desiertas, tras de las cuales se extienden enormes y apacibles esteros; lomeríos desnudos, como brotes mal dados de la naturaleza, iban quedando atrás, para luego alegrar el paisaje, la sierra de Nava-chiste, a cuyas faldas crece una vegetación de exuberancia tropical.

Y a poco que el barco continúa su marcha, los viajeros descubren el cerro de San Carlos, que es como el atalaya que indica la entrada a una bahía maravillosa que tiene nueve millas de longitud por cinco de anchura y en la que un día cifraron las más altas esperanzas cientos de hombres que llegaban de diferentes partes del universo.

Para aquellos hombres, la prodigiosa bahía habría de transformarse en un emporio de riqueza; en un sitio de

_____ **Topolobampo, la muerte de la última utopía**
paz y bienestar. Sería la Nueva York del Pacífico (pero la Nueva York sin Wall Street); la Nueva York que sorprendería al mundo con sus modernos sistemas de trabajo, de producción y de consumo.

Un hombre que lleno de ilusiones pensaba y anhelaba una sociedad mejor; que había recorrido varios países buscando un sitio en donde poder realizar la dicha propia y la ajena, había dejado caer ante el mundo, asombrado por el descubrimiento y por la audacia del descubridor, esta atrayente afirmación: "Topolobampo, Sinaloa, México: ¡He aquí el nuevo paraíso!"

El hombre que tal decía, era Albert K. Owen. Y las palabras de Owen eran tan elocuentes en su expresión, que lo mismo alemanes que ingleses, estadounidenses que franceses, se dispusieron a marchar a la tierra descubierta.

Albert K. Owen nació en Chester, Pennsylvania, probablemente en 1840, según se desprende de los documentos que dirigió al gobierno mexicano. Ni los amigos de Owen ni quienes más tarde se ocuparon de los proyectos de colonización de éste, mencionan la fecha exacta de su nacimiento.

Pasó su niñez en la colonia New Harmony, fundada por Robert Owen, que no era ni su padre ni su pariente, como afirman algunos escritores estadounidenses. Pudo así conocer el desarrollo de la colonia; después vio de cerca las múltiples dificultades del fundador y aunque casi asistió al fracaso de New Harmony, no por ello hubo de abandonar los planes que se forjó desde su juventud para hacer su propia obra. Para Albert K. Owen, el lugar ideal para establecer una colonia, que fuese el punto de partida para la formación de una gran ciudad, distinta a las del Viejo Mundo, era México.

A fines de 1808, Owen visitó por vez primera el territorio mexicano, recorriendo una parte del estado de Veracruz —en cuya región sur ya se había pensado establecer colonias agrícolas, durante el gobierno del general Ignacio Comonfort— y aunque encantado por la belleza de la tierra tropical, no inició trabajo alguno de colonización, no sólo por el temor a la insalubridad de la comarca, sino también por la incertidumbre política que reinaba en el país.

Pero al insistir en sus propósitos, y al tener noticias de que al pie de la Sierra Madre Occidental había extensas porciones de tierra fértiles, regadas por varios ríos y, sobre todo, con un clima más benigno que el veracruzano, en 1872 emprendió nuevo viaje a México.

En esta vez entró al país por el estado de Chihuahua, dispuesto a recorrer tanto la sierra como la costa occidental, hasta encontrar el lugar más propio para establecer la ciudad soñada.

Llegó a un punto en los límites de Sonora, Sinaloa y Chihuahua —punto señalado por Owen como muy cercano a un famoso mineral, que probablemente era Chinipas— y supo, por informes que le proporcionaron varios indígenas, que hacia el Oeste, es decir, hacia la costa del Golfo de California, se encontraba Ohuira, que significa “lugar encantado”.

Los informantes describieron a Ohuira como un inmenso lago, rodeado de altas montañas y cuyas aguas eran tan tranquilas y tan cristalinas que podía verse hasta su fondo. El clima de Ohuira —afirmaron— era delicioso y las tierras en sus cercanías tan fértiles, que todas las semillas que eran arrojadas en ellas germinaban admirablemente.

Topolobampo, la muerte de la última utopía

Owen se puso en camino a Ohuira, forjándose las más grandes y bellas ilusiones. La suerte le llevaba a un nuevo paraíso. Ohuira sería no una sencilla colonia socialista, sino la metrópoli socialista de occidente.

Fue entonces cuando el aventurero pensó en la posibilidad de construir un ferrocarril transcontinental que, partiendo de Nueva York, terminase en Ohuira. La colonia se convertiría en una poderosa ciudad rival de San Francisco, California. Tendría — de ser exacta la descripción de los informantes — superioridad sobre el puerto californiano no sólo por la grandeza del lugar, sino también por su posición geográfica. Cientos de millas más al sur de San Francisco, lograría ser el centro comercial de occidente en su tráfico marítimo con los países asiáticos y suramericanos.

Corrían los últimos días de septiembre de 1872 cuando Owen llegó a la ambicionada Ohuira.

Hizo nuestro héroe el relato de su viaje de la Sierra Madre a la costa del Golfo de California a Derril Hope: “Después de caminar todo el día (el 28 o 29 de septiembre de 1872), caí rendido de fatiga.

“Era cerca de la medianoche, cuando uno de mis guías me despertó. La luna se elevaba sobre las montañas e iluminaba los campos grandiosos.

“Hacía un poco de frío. Me envolví en un cobertor y me incorporé conmovido ante el espectáculo.

“¡Qué vista! ¡Qué panorama! La espléndida luz de la luna hacía descubrir a no muy lejana distancia un inmenso lago. ¡Ahí está Ohuira!, exclamé. ¡Es un brazo de mar! Si mañana, agregué mentalmente, puedo descubrir un canal, suficientemente profundo, que comunique el lago con el

Golfo de California, habré encontrado el lugar para edificar la gran metrópoli de occidente.

“Contemplé, lleno de emoción, una vez más a Ohuira, y continué diciéndome: Llegará el día en que por esas aguas, ahora solitarias e ignoradas, crucen los grandes barcos de todas las naciones del mundo; y que en esas llanuras que rodean al lago, puedan habitar miles de familias capaces de hacer una vida nueva y feliz.”

Durante varias semanas, Albert K. Owen exploró los contornos de Ohuira, pudiendo comprobar que, como lo había creído la noche del descubrimiento, no era Ohuira un lago, sino una bahía magnífica, cubierta a todos los vientos y azotada siempre por una deliciosa brisa.

Pero lo que más entusiasmó al aventurero, fue el haber encontrado un canal, por el que podían entrar a la futura metrópoli barcos de gran calado.

Recorriendo la costa, Owen visitó varios pueblos en los que supo que la bahía de Ohuira era también conocida con el nombre de Topolcampo, nombre éste que agradó más al aventurero y quien posiblemente lo hizo degenerar en Topolobampo; de regreso en la bahía, según refirió a Hope, y sentado en la cima del Cerro de San Carlos, desde el cual podía admirar toda la magnitud del panorama, se dijo: “No descansaré un minuto hasta que Topolobampo quede convertido en un poderoso centro comercial; hasta que las dos repúblicas de la América del Norte hayan aprovechado sus ventajas, y quede convertida esta nueva ciudad en el lugar favorito para el intercambio de productos y para el fomento de la amistad entre los pueblos del mundo”.

Owen permaneció varias semanas más en Topolobampo. Levantó planos provisionales; diseñó los edificios

_____ **Topolobampo, la muerte de la última utopía**
que habrían de ser construidos; señaló los sitios para las escuelas, para las salas de conferencias, para las plazas públicas, para los comedores comunales, para los almacenes, para los muelles. Dibujó el tipo de la casa habitación, que debería tener el mayor número de comodidades y estar rodeada de hermosos jardines. Pensó en la división de las tierras de la comarca, que serían entregadas a los colonos para la explotación agrícola comunal.

Cargando planos, proyectos, ilusiones, Owen cruzó nuevamente la Sierra Madre llegando a la ciudad de Chihuahua para continuar, poco después, a Nueva York, adonde iniciaría los trabajos formales para la fundación de la nueva metrópoli.

Al iniciar, en 1872, los trabajos para la fundación de una ciudad frente a la hermosa bahía de Topolobampo, Albert K. Owen no ignoraba los fracasos de proyectos semejantes en Estados Unidos.

Sin embargo, lleno de optimismo “hablé a los más prominentes hombres públicos, en Washington, sobre México (y) encontré que la opinión casi universal que de este país se tenía allá, era que México se componía de una serie de cordilleras estériles, infranqueables [...]; hablé con el general Grant, que era entonces presidente, sobre México y las ventajas que obtendría Estados Unidos prolongando sus ferrocarriles a través de esta República Mexicana”.

Y en Grant encontró un decidido apoyo, pues don Ignacio Mariscal, ministro mexicano en Washington, informaba a su Gobierno: “Mr. A. K. Owen me vio en Washington hace algunos días para hablarme de su proyecto para el reconocimiento de una vía que una con ferrocarril a Aus-

tin(...) hasta la bahía de Topolobampo o Topolcampo, como está escrito en el mapa de García Cubas. Me dijo de palabra y luego en una carta, que su solicitud para que este Congreso votara veinte mil pesos con el fin de hacer esos reconocimientos, pasó en el Senado a la Comisión respectiva, la cual pidió informes a la dirección de ingenieros(...) Según Mr. Owen, el presidente Grant está dispuesto a despachar tres o cuatro ingenieros(...) para que reconozcan la vía proyectada(...); mas el mismo presidente no se resolvía a solicitar ese permiso sin saber primero la acogida que nuestro Gobierno diese al proyecto. Debo advertir que hace varios meses el presidente Grant me refirió en conversación privada que le habían hablado de un proyecto de camino para la mencionada bahía”.

Días después, el mismo Mariscal recibió la proposición del gobierno de Estados Unidos para llevar a cabo el reconocimiento de la posible vía férrea, pues informó a la Secretaría de Relaciones que “al concluir mi entrevista con el secretario de Estado me habló éste de un negocio (...) Se trata de explorar una vía que pueda servir para un ferrocarril que, atravesando Texas, pase por nuestro territorio hasta llegar a la bahía de Topolobampo, en Sinaloa. De este proyecto me había hablado el ingeniero Mr. A. K. Owen, que es quien lo agita(...) Mr. Fish ahora me dijo que el presidente deseaba mucho saber cuál era la disposición de mi Gobierno sobre dar su consentimiento para que unos cuantos ingenieros practiquen una exploración general(...) porque parece que el presidente Grant ve con interés especial este asunto”.

No desairó el gobierno de México al de Estados Unidos, pues el secretario de Fomento hizo saber al ministro

_____ **Topolobampo, la muerte de la última utopía**
Mariscal que no encontraba “inconveniente en que la comisión que nombre el presidente de Estados Unidos o una empresa particular ejecute sus trabajos sobre el Bravo hasta Topolcampo”.

No obstante el interés del gobierno estadounidense, once meses después de haber visitado a Mariscal, Owen no podía obtener el envío de la comisión de ingenieros, y aquél informa a la Secretaría de Relaciones: “Mr. Owen trabaja asiduamente porque el Congreso haga una asignación para que se reconozca la vía, a fin de que después alguien emprenda su construcción. Su idea favorita es de que ésta se haga por los respectivos gobiernos, evitando el monopolio y los abusos de las compañías. Ha tenido conmigo varias conversaciones y parece animado de los más sanos y recomendables deseos respecto a nuestro país”.

En tanto que en el mundo oficial estadounidense Owen buscaba el apoyo para su proyectado ferrocarril, entre quienes él llamaba “hombres libres” de Estados Unidos y de Europa quería reclutar a los pobladores de la gran ciudad que pretendía establecer en Topolobampo.

Serios obstáculos encontró en esta tarea. Los años corrían; y en otro hombre que no hubiese tenido su talento y su voluntad, la proyectada ciudad no habría pasado de ser una mera fantasía. Pero para Owen no había obstáculos invencibles. Habló y escribió durante ocho años; en 1880 resolvió hacer un viaje a la Ciudad de México (probablemente había hecho otro antes, en 1878), tanto para exponer sus proyectos como para asegurar la necesaria concesión del gobierno mexicano.

Llegó a México a principios de 1880, y en el mes de abril, lo encontramos escribiendo en *La Libertad*, el diario de

don Justo Sierra, su interesante trabajo sobre el progreso de las comunicaciones en el mundo.

Con la seguridad de que el gobierno de México le otorgaría la concesión que ambicionaba tanto para fundar una ciudad en Topolobampo como para construir el ferrocarril interoceánico; y quizá con la convicción de que no era Estados Unidos el país de donde saldrían los futuros pobladores, Owen, después de una permanencia de varios meses en la Ciudad de México, resolvió emprender un viaje a Europa.

En el otoño de 1880, estaba en Londres. Allí publicó el opúsculo *A Dream of an ideal city*, en el que expone sus ensueños: inserta un plano de la ciudad que pretende fundar; da a conocer la organización social de la futura colonia; hace saber cómo serán administrados el ferrocarril, los barcos, los muelles, los almacenes; revela el programa educativo de la nueva metrópoli, advirtiendo que ésta dará asilo, por igual, al sabio y al ignorante, siempre que uno y otro estén dispuestos a trabajar en común y, sobre todo, a garantizar el porvenir de la colectividad.

A Dream of an ideal city termina con estas evocadoras palabras: “El rico puede gozar de sus riquezas; pero, ¿quién podrá garantizarle que mañana, por una mala operación en sus negocios, no puede quedar en la miseria?”

“En la colonia socialista de Topolobampo, todos tendrán asegurado lo porvenir, y la diaria preocupación individual por la vida se transformará en preocupación por el mejoramiento colectivo, por el desarrollo de la ciencia y del arte.”

Haciendo propaganda en favor de su proyectada colonia por medio de una oficina establecida para tal obje-

_____ **Topolobampo, la muerte de la última utopía**
to, Owen permaneció en Londres varios meses y lleno de optimismo y creyendo que al fin había llegado el momento de realizar su ideal, hizo un nuevo viaje a México, logrando exponer sus ensueños al presidente de la República, general Manuel González, quien lo escuchó y atendió debidamente, según afirma el propio Owen en su folleto Topolobampo.

El presidente de México, por conducto de la Secretaría de Fomento, le otorgó el 13 de junio de 1881 la concesión, tanto para construir el ferrocarril transcontinental como para erigir una ciudad, la Ciudad González, que más tarde, al ser ampliada la concesión por el general Porfirio Díaz, fue llamada la Ciudad de la Paz.

La concesión expedida por González (ratificada por decreto del 5 de diciembre de 1882), establecía la autorización “para construir y explotar, dentro de noventa y nueve años”, el ferrocarril de Topolobampo a Presidio del Río Grande, con ramales a Mazatlán y a Álamos; la cesión de “los terrenos de propiedad nacional que ocuparen la línea principal y ramales ya mencionados, y los terrenos necesarios para muelles, escolleras, estaciones, almacenes y otros edificios, estaciones o depósitos de agua para las máquinas y demás accesorios indispensables del camino y sus dependencias” y el permiso para “erigir una ciudad en la bahía de Topolobampo y en terrenos de su propiedad que ya posee, que se denominará Ciudad González, conforme al plano formado por el ingeniero de la misma Compañía, mister A. K. Owen, cuyo plano queda depositado en la Secretaría de Fomento, y el Gobierno, por su parte, para impulsar el establecimiento y desarrollo de la ciudad, cede a la Compañía los terrenos, islotes, rocas y playas en la expresada

bahía de Topolobampo, con la condición de que se utilicen para siempre en beneficio y embellecimiento de la ciudad, en parques, muelles, avenidas, calles y edificios públicos”. La noticia de que Owen obtendría la concesión para la construcción del ferrocarril a Topolobampo, fue conocida en Estados Unidos a principios de 1881, despertando las ambiciones de fuertes empresarios y de gentes del mundo oficial estadounidense.

Estas ambiciones no dejaron de alarmar al ministro mexicano don Manuel M. de Zamacona, quien informaba a su gobierno: “Entre las personas cuyos nombres suenan conexos con la indicada empresa [de Owen, están]... los hijos del general Grant [quienes]... han comenzado a hacerse notar por ciertos conatos de explotar en la esfera de los negocios el prestigio inherente al nombre de su padre... el conocido general Butler, cuyo nombre ha sonado varias veces en ese Departamento, como conexo con proyectos de reclamaciones en grande escala contra nuestra República(...) [el] senador Jones... [interesado en] organizar algunas empresas mineras en Sonora. Mr. John Russell Young... persona que ha acompañado al general Grant en sus viajes... El general Beale... el amigo más adicto e inmediato del general Grant... Mr. A. D. Anderson... abogado de ingenio e instrucción que trabaja hace algunos años en Washington... Mr. B. S. Elkins... (quien) ha hecho grandes negocios de minas... El coronel Rogers (quien) sirvió al ex presidente Hayes como secretario particular”.

Pero no solamente los potentados de Estados Unidos se mostraban entusiasmados por los proyectos de Owen, sino también los ciudadanos estadounidenses que veían en el ferrocarril y en la nueva ciudad trazada por el aventurero,

_____ **Topolobampo, la muerte de la última utopía**
un gran porvenir; pues el cónsul de México en El Paso, J. Escobar, informaba a la Secretaría de Relaciones: “El simple anuncio de la apertura del puerto de Topolobampo, y del principio de construcción del ferrocarril que debe partir de aquel puerto (...) está levantando, de tal manera, el entusiasmo en esta comarca, y otros puntos, para concurrir, desde luego, a la fundación de la nueva ciudad que, sin exageración, puede esperarse el verla formada, como por encanto, con millares de habitantes, desde al partir.

“Aquí se está formando un núcleo de personas con capital propio en conexión con otras diferentes partes de este país.”

Siendo portador de las concesiones otorgadas por el gobierno de México, Owen se dirigió a Nueva York, para comenzar tanto a la reunión de los colonos como a la organización de la sociedad cooperativa, que era la llamada a construir la línea férrea.

Esta sociedad, llamada *Credit Foncier of Sinaloa*, expidió bonos cooperativos, que desde luego tuvieron gran aceptación principalmente entre los emigrantes europeos que día a día llegaban a Nueva York. La cooperativa, según las explicaciones de Owen en su folleto *Credit Foncier of Sinaloa*, quedaba desligada de la vida comunal de la colonia de Topolobampo; pero los colonos tenían facultades para ir adquiriendo paulatinamente los bonos expedidos, hasta que la colonia quedase convertida en propietaria del ferrocarril transcontinental.

Sin embargo, al año siguiente los reglamentos del *Credit Foncier* fueron objeto de importantes modificaciones, temeroso Owen, de acuerdo con las advertencias que hace

en la revista *Credit Foncier of Sinaloa* (editada a partir de diciembre de 1885), de que las acciones llegasen a quedar en manos de los capitalistas estadounidenses o ingleses. Las dos principales modificaciones a los reglamentos, fueron: la expedición de dos clases de bonos (bonos para la fundación de la colonia y bonos para la construcción del ferrocarril transoceánico) y el afianzamiento de cincuenta por ciento de los bonos por los miembros de la colonia.

El número de bonos que expediría el *Credit Foncier* sería de doscientos mil, teniendo un valor de diez dólares cada uno. De estos bonos, cien mil serían destinados a la construcción de la vía férrea y el resto a la erección de la ciudad.

En los últimos días de 1885, Owen logró colocar una buena cantidad de bonos, principalmente entre emigrantes ingleses; pero al considerar que por lo menos necesitaría un millón de dólares para llevar a cabo sus proyectos, inició una nueva y activa propaganda en favor de la colonia y de la construcción del ferrocarril.

Escribió entonces un libro, *The problem of the hour*, en el que resumía sus pensamientos. Colaboró en periódicos liberales, socialistas y anarquistas editados en Estados Unidos; emprendió giras por las más importantes ciudades estadounidenses y dio una serie de conferencias en Nueva York. Luchaba con el optimismo que siempre le animó, dando todo el calor de su imaginación a sus proyectos, a pesar de que las noticias que había recibido de México no eran nada agradables.

En efecto, el gobierno mexicano encabezado a la sazón por el general Porfirio Díaz, había hecho saber al colonizador que las concesiones otorgadas por el anterior

_____ **Topolobampo, la muerte de la última utopía**
presidente, no eran definitivas. Esto no fue obstáculo para que Owen retrocediera. Seguro que su proyecto no haría más que llevar la prosperidad a la costa occidental de México, hizo una nueva solicitud para que se le confirmasen las concesiones.

El Ministerio de Fomento no encontró impedimento legal que oponer a los proyectos de Owen y a mediados de 1886 comunicaba a éste que quedaban confirmadas las concesiones. Estas fueron ya específicas; consistían en una dotación de trescientos mil acres de tierra en las cercanías de Topolobampo destinadas para trabajos agrícolas y en un permiso para el disfrute de diez millones de acres que deberían ser aprovechados para tender la vía férrea que, partiendo de un punto de la frontera de Coahuila con Texas, terminase en el puerto de Topolobampo.

En *The problem of the hour*, Owen dio a conocer el imaginario panorama de la colonia socialista. ¡Qué anhelo de dicha, qué expresión tan humana, qué arraigado optimismo y qué inmenso deseo de sembrar el bienestar! Si la obra de Owen puede ser criticada por la ausencia de dirección; si a veces peca de un estilo romántico, qué acariciadora resulta para quien piensa y ama la libertad (no la libertad de la especulación política) y para quien cree en la asociación (no en la asociación de instrumento autoritario).

Geográficamente, el puerto sería conocido con el nombre de Topolobampo; pero la colonia que en el correr de los tiempos habría de adquirir el título de ciudad, sería llamada la Ciudad de la Paz (se reformó el de Ciudad González, de la concesión original). Simbólico nombre éste, que anunciaba cuáles y cuántas eran las aspiraciones de su fundador.

La Ciudad de la Paz tendría las mismas dimensiones de Nueva York (del Nueva York de los ochenta); sólo que la tercera parte del área de la ciudad, sería destinada para jardines, bulevares y plazas públicas. ¡Ciudad ideal del futuro, era la trazada por Owen!

Un malecón de cinco millas de longitud, en el que habían de atracar los barcos de todas las nacionalidades, sería construido. Al borde de este malecón, luciría un bulevar, adornado con espaciosos camellones cubiertos de palmeras tropicales. El edificio destinado para biblioteca pública sería levantado frente al mar, espléndido como ninguno y para hacer conocer al mundo que la ciudad no sólo estaba entregada al trabajo, sino también al saber. Al norte de la bahía, las lomas existentes serían rebajadas para dejar una gran extensión destinada para distrito comercial, en tanto que en el lado opuesto surgiría el residencial.

Alexander Kent, quien siguió de cerca los pasos de Owen y de los colonos, escribió:

“Para los pobladores de Topolobampo, la tierra, al igual que todos los recursos de la Naturaleza, sería considerada como una donación de Dios, esto es, sería propiedad común del género humano.

“Todas las propiedades y poderes creados por el pueblo, serían estimados como patrimonio de la comunidad. El individuo sólo tenía derecho al producto de su trabajo.

“El dinero era solamente un símbolo; pero carecía de valor monetario.

“La religión era tenida como un problema privado — problema para ser resuelto únicamente entre el individuo y Dios — , y ante el cual tanto el Estado como la Sociedad serían ajenos por completo.

Topolobampo, la muerte de la última utopía

“Las tierras, las viviendas, las bibliotecas, las salas de conferencias pertenecían a la comunidad. Nadie podría poseerlas como derecho privado. El hombre se serviría de lo que pudiese necesitar.

“La producción era lo único que podía ser considerado como propiedad privada; pero con la taxativa de que todos los productos obtenidos en las tierras de la comunidad, deberían ser vendidos por medio del *Credit Foncier of Sinaloa*.

“Los beneficios o ganancias individuales, sin embargo, no podían ser conservados por el productor, ni podían ser subarrendadas las tierras.

“Las fábricas, los talleres, los restoranes, los hoteles, las lavanderías, los teatros, los almacenes de ropa, los expendios de artículos de primera necesidad, en fin, todo lo que pudiese ser considerado como público, deberían ser administrados colectivamente.

“Dentro de los límites de la nueva ciudad, no sería permitido el establecimiento de sociedad o empresa alguna que se dedicase a explotar el trabajo manual o el esfuerzo intelectual del prójimo.

“Las grandes salas de conferencias podrían ser utilizadas por los predicadores de todas las doctrinas sociales, sin que la administración citadina diese preferencia a los representantes de determinada secta o grupo.

“Todos los servicios que realizaran tanto los hombres como las mujeres, serían retribuidos con bonos de trabajo o con créditos expedidos por la administración de la colonia.

“El departamento bancario, adscrito a los servicios municipales (servicios limitados a la higiene y salubridad

públicas), recibirían los bonos de trabajo como la moneda común y corriente de la colonia. Así, todas las transacciones comerciales o industriales dentro de la colonia, serían llevadas a cabo únicamente por ese departamento.

“En sus problemas internos, la colonia estaría regida por diez departamentos administrativos. El primero tendría a su cargo las escuelas; el segundo, las calles y jardines; el tercero, los restaurantes y comedores comunales; el cuarto, los mercados y comercio en general; el quinto, los teatros y salas de conferencias; el sexto, la agricultura; el séptimo, los muelles y almacenes del puerto; el octavo, el orden económico interior; el noveno, el orden económico exterior y el décimo, las relaciones entre la colonia y el gobierno mexicano.

“Los encargados de todos y cada uno de los diez departamentos, constituían el consejo de directores de la colonia.

“Los directores serían designados por las asambleas populares, y serían removidos de sus cargos cuantas veces fuesen necesarias para el buen orden y entendimiento de la colonia.”

Fascinante era el proyecto de Owen; fascinadora la propaganda. Con aquél había animado el sentir humano de asociación y de libertad; con ésta había atraído a los escépticos de lo presente y a los visionarios de lo futuro. El ensueño del hombre de poder crear la más complicada maquinaria social, había sido elevado a una cercana realidad.

Owen hablaba como quien ha vencido todos los obstáculos para sentar la dicha. Hizo creer, a través de sus descripciones y de sus anhelos, que el colono, sin más esfuerzo que su trabajo, vería surgir espléndida y fácilmente la Ciudad de la Paz. No advirtió a los colonos que el “lugar

_____ **Topolobampo, la muerte de la última utopía encantado**” era un desierto, falto de techo para familias, sin agua potable, con la tierra sin primicias de cultivo. Uno de los temas de los que más abusó en la propaganda, fue el maravilloso clima de Topolobampo, olvidando que la comarca estaba comprendida dentro de una zona palúdica.

Pero si Owen no hizo estas advertencias, no fue por mala fe, como los colonos lo afirmaron más tarde. Creador como era, con la imaginación llenó todas las lagunas de su proyecto. Tenía la seguridad de vencer todos los obstáculos; se engañó a sí mismo y engañándose a sí mismo, engañó a los demás.

En febrero de 1889, Owen escribió:

“Las personas que se han inscrito pasan de cinco mil doscientas; entre ellas hay un gran número de niños.

“Mil cuatrocientos noventa y un adultos han cubierto en parte o en totalidad el importe de cinco mil novecientas dieciséis acciones.

“Las personas inscritas pertenecen a diferentes nacionalidades y todas saben leer y escribir.”

Dos meses después el *Credit Foncier* hizo saber que los primeros trescientos colonos embarcarían en Nueva York en un barco fletado especialmente. Otros muchos quedaban en Estados Unidos, tristes por no poder tomar parte en la peregrinación; es que no habían logrado cubrir el importe de sus pasajes.

La partida de los colonos fue emocionante. El muelle, dice la crónica, estaba henchido de gente que había ido a despedir a sus amigos o parientes.

Owen, satisfecho, diecisiete años después de haber descubierto a Ohuira, veía realizadas sus esperanzas. El

mundo, creía él, el creador, vería levantar y vivir una ciudad —ciudad de grandeza, de bienestar. La Ciudad de la Paz haría saber al universo que una sociedad humanizada había nacido.

Tres meses de navegación hicieron los colonos de Nueva York a Topolobampo.

En los primeros días de julio de 1889, el barco desfiló frente a la costa sinaloense. Los viajeros vieron un tanto desencantados las desiertas playas de Sinaloa; pero la entrada a la bahía de Topolobampo alegró los corazones.

Al desembarcar en el sitio de la sonada metrópoli, los emigrantes quedaron maravillados: “La exuberante vegetación tropical del extenso Valle del Fuerte; la tranquilidad de la hermosa bahía de Topolobampo; el cielo azul y el sol radiante, causaron enorme impresión a los primeros colonos que llegaban a aquella Tierra de Ensueño”, escribió Derrill Hope en *The Social gospel*.

Pero, observa Hope, los pobres colonos que habían entregado sus economías para adquirir acciones y para realizar el largo viaje; que no llevaban en sus bolsillos más valores que las promesas de Owen, encontraron una tierra completamente despoblada e incomunicada con el mundo. No había sido construida ni una choza; el agua potable estaba a muy lejana distancia. Ni siquiera había dónde almacenar los víveres que traían de Nueva York.

Como ninguno de los colonos quería hacer cabeza; como no tenían los elementos necesarios para la construcción de viviendas; como nadie conocía precisamente el sitio en el cual habría de ser levantada la ciudad, las familias anduvieron errantes de un lugar a otro por varias semanas.

Topolobampo, la muerte de la última utopía

El paludismo, las fiebres, los mosquitos, empezaron a causar estragos entre los recién llegados, principalmente entre la población infantil.

Días de desesperación, de zozobra, pasaron los primeros colonos. Sin embargo, confiados en las promesas de Owen y viéndose poseedores de una gran extensión de tierras y de una maravillosa bahía, creían en el porvenir.

Owen, entre tanto, continuaba en Nueva York reuniendo fondos y animando la propaganda; pero al tener noticia de la angustiosa situación de los primeros pobladores de Topolobampo, se dispuso a emprender el viaje para ponerse al frente de la colonia e iniciar, ante todo, la construcción de habitaciones y, seguidamente, comenzar en el Valle del Fuerte los trabajos agrícolas, que iban a ser el punto de partida de la vida económica de la Ciudad de la Paz.

En febrero de 1890, ya en los preparativos para su viaje, el colonizador expidió una proclama que dice:

“¡Amigos, atención!

“Ha llegado el momento de trasladar nuestro trabajo, nuestras energías y nuestros intereses económicos a Sinaloa; ha llegado el momento de construir nuestro ferrocarril transoceánico.

“Ha llegado, también, el momento de pedir a mis amigos adultos que estén dispuestos a trabajar materialmente, que se preparen para la marcha, siempre que hayan cubierto sus gastos y aceptado nuestros principios, pidiéndoles que inviertan veinticinco dólares más, por persona, en la compra de acciones de la Compañía Mexicana del Ferrocarril Occidental.

“Las personas que deseen marchar conmigo a Sinaloa, pueden hacerlo. Las que no lo hagan, desde luego,

serán esperadas dentro de un plazo que empieza el 15 de octubre de 1891 y que termina el día de año nuevo de 1892.

“Tengo esperanzas de ver en Topolobampo a no menos de mil amigos, acompañados de sus respectivas familias, trabajando junto conmigo, como los fundadores de un pueblo nuevo para cumplir así con nuestro propio compromiso y con el compromiso contraído con el gobierno de México y con el Ferrocarril Mexicano de Occidente.”

Acompañado de treinta colonos, Albert K. Owen llegó a Topolobampo en abril de 1890. Nueve meses antes habían desembarcado los primeros trescientos colonos y apenas si habían podido construir unas humildes casas de madera, en las cuales se hospedaban incómodamente.

Ningún paso se había dado para el cultivo de las tierras del Valle del Fuerte; ni se habían preocupado por la construcción de un hospital y de una escuela, que tanto interesaban a Owen. Los niños vagaban y los enfermos sufrían. Una junta provisional estaba encargada de administrar el comedor comunal, que funcionaba gracias a los víveres que Owen había remitido de Estados Unidos en tres ocasiones. Así, ¡con qué júbilo no sería festejada la llegada de Owen!

Éste, dando muestras de entusiasmo y de voluntad, inició los trabajos formales para la construcción de la Ciudad de la Paz. En primer término, de acuerdo con los reglamentos de la colonia, fue designado el comité administrativo. Seguidamente, fueron hechos los trazos para las calles. Owen lo manejaba todo hábilmente. Los colonos que en nueve meses no habían hecho otra cosa que holgar y disfrutar de la deliciosa brisa marina, se entregaron febrilmente al trabajo.

_____ **Topolobampo, la muerte de la última utopía**

Fue construido el edificio para el hospital. Se siguió con el destinado para escuela. El tercero fue para el comedor comunal. ¡Qué alegría reinaba en Topolobampo! Nadie quería ser menos en el trabajo. Las horas corrían en aquel ir y venir de hombres y de mujeres que cargaban madera; que clavaban techos; que abrían calles.

La agricultura y el agua potable para la población merecían la principal atención de Owen; y a poco, se vio a los hombres llevando los instrumentos de labranza al campo, mientras que otros iban en busca del mejor y más cercano manantial.

Owen quería hacerlo todo al mismo tiempo; y como faltaban brazos, el consejo de la comunidad dispuso que fuesen llamados al trabajo los niños mayores de doce años. Los colonos aceptaron unánimemente la medida y redoblaron sus esfuerzos.

Pero como no era posible abrir canales de riego en unas cuantas semanas; como las tierras no producían inmediatamente y como los víveres tenían que ser importados de Estados Unidos a un alto costo, la situación empezó a preocupar a Owen. Los fondos del *Crédit Foncier*, por otra parte, se agotaban. Ni un centavo más llegaba de Nueva York, en donde había quedado establecido un comité encargado de la venta de acciones y del embarque de nuevos colonos.

La falta de previsión de Owen dio lugar a algunas dificultades entre los colonos, cuyo número había aumentado, pues a fines de 1891 habían llegado setenta más. El aumento de población no correspondía a la escasez económica.

Sin saber a qué atribuir la penosa situación en que se encontraban, los colonos creyeron que ella se debía al mal

gobierno. El consejo de la comunidad fue removido varias veces; las intrigas y los pleitos se sucedieron. Owen, ciertamente, seguía gozando de la confianza de los colonos; pero ya no tenía colaboradores en el consejo. Cada quien presentaba programas que creía salvadores; y la palabra de Owen de cordialidad, de amistad, de orden, se perdía entre aquel alborotado pueblo.

Mientras que en Topolobampo surgían las primeras dificultades, en Nueva York se desataba una verdadera tempestad contra el organizador de la colonia.

Los miembros del comité neoyorquino se dividieron en dos grupos. Uno de estos lanzó una proclama asegurando que Owen había defraudado las esperanzas de los colonos, ya que por las noticias que habían recibido de Topolobampo, se entendía que Owen intentaba formar una ciudad “con régimen capitalista y no una colonia socialista”.

El grupo rival sostenía que Owen había abusado de la confianza en él depositada, pretendiendo la organización de una colonia comunista y no de una gran metrópoli en la que tuvieran albergue los hombres pertenecientes a todos los partidos; este grupo, señalado por el de los socialistas como el de “burdos burgueses”, se dirigió al gobierno de México, para pedir la cancelación de la concesión de Owen y ofrecer, en cambio, el establecimiento de una verdadera ciudad progresista.

Lo cierto era que Owen no había impreso ninguna tendencia a la colonia. ¡Qué iba a imprimir tendencias en medio del caos que se siguió a los primeros meses de trabajo y de organización!

En los últimos días de 1891, los colonos de Topolobampo se presentaron en actitud rebelde ante Owen, exi-

_____ **Topolobampo, la muerte de la última utopía**
giéndole que entregara la jefatura de la colonia en manos más competentes. Los rebeldes afirmaban que no había dirección; que se había hecho caso omiso de la técnica para dedicar el mayor tiempo a la utopía; que los colonos estaban amenazados por el hambre, pues que ni se recibían fondos de Nueva York ni las tierras producían.

Además, el paludismo había causado serios estragos entre los pobladores. La mitad de los hombres que debían de concurrir a las labores agrícolas, estaba enferma. Los niños morían, las madres pedían que se les regresara a Estados Unidos.

Los colonos se habían dividido. Un buen número de ellos se había hecho eco de las acusaciones que los socialistas de Nueva York hacían a Owen.

Sin embargo, las primeras cosechas logradas por esos días hicieron surgir nuevas esperanzas. Pero Owen había perdido la fe. Ya no era el animoso de los primeros días; se abstenía de concurrir a las reuniones del consejo de la comunidad; ya no lanzaba iniciativas, ni distribuía optimismo. Los obstáculos le habían vencido moralmente.

Cuando un grupo de colonos le hizo saber su resolución de abandonar la colonia para trasladarse a California, no trató siquiera de detenerlo. Ahora creía que la disminución del número de habitantes sería provechosa.

Entre los meses de julio a diciembre de 1892, doscientos colonos salieron de Topolobampo. Día a día emigraban familias enteras. Sólo los más pobres eran los que quedaban, resignados a su suerte. En los primeros meses de 1893, otras treinta familias abandonaron la colonia.

Owen estaba dispuesto a confesar su fracaso, y escribió a los amigos que aún le restaban en Nueva York:

“A mis esfuerzos no se ha contestado sino con las quejas de las gentes a quienes he tratado de servir”.

Corrieron otros cuantos meses y en noviembre Owen reunió a sus mejores amigos, haciéndoles saber su irrevocable resolución de abandonar la colonia y entregar la dirección a manos más hábiles y más enérgicas que las suyas. No hubo quien le detuviera y sigilosamente abandonó Topolobampo. Había dedicado veinte años de su vida a realizar aquella obra que tras corto ensayo venía por tierra para siempre.

Derrill Hope afirma que la colonia fracasó por falta de entendimiento entre las personas que la formaron; por falta de administración y de previsión; por falta de valor para resistir los ataques lanzados a los organizadores y por falta de conocimiento de los medios de vida de la mayor parte de los colonos.

La Ciudad de la Paz había sido un costoso ensueño para las gentes de las tierras de la nieve y de la bruma, que habían llegado a Topolobampo en busca del sol tropical, de la dicha, de la tranquilidad y del bienestar humano.

(Esta edición utiliza fragmentos de *Topolobampo, la metrópoli socialista de occidente*, editado en 1939 por el Fondo de Cultura Económica, y se hace con el permiso de Diego Valadés, hijo de José C.)

José Cayetano Valadés

Nació con el siglo, en 1901, en el puerto de Mazatlán, Sinaloa. Murió en 1976. De su obra cabe mencionar: *Historia general de la Revolución Mexicana; El porfirismo: historia de un régimen, Imaginación y realidad de Madero; Las caballerías de la Revolución; Santa Anna y la guerra de Texas; Biografía de Lucas Alamán.*

En el archivo de José Cayetano Valadés, que conserva su hijo Diego, se encontraban enterrados algunos reportajes claves para la reconstrucción de la historia de la revolución magonista. Entre ellos, *Jesús María Rangel: el brazo armado del magonismo fronterizo.*

Descarga todas nuestras publicaciones en:

www.brigadaparaaleerenlibertad.com

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en
el mes de junio del año 2014, para su distribución
gratuita. Cortesía de la Rosa Luxemburg Stiftung y
Para Leer en Libertad A.C.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.